

## Nuestros Padres en la fe nos enseñan a leer la Biblia<sup>1</sup>



ENRIQUE CONTRERAS, OSB

CuadMon 132 (2000) 25 - 51

### *Preludio*

Nos expresamos por medio de signos sensibles que nos conducen hacia realidades superiores, espirituales

Los cristianos expresamos nuestra fe por medio de **signos**. En efecto, una necesidad que brota de la encarnación de Cristo (cf. *Jn* 1,1 ss), nos lleva a expresar todos los momentos más importantes y las exigencias básicas de nuestra fe por medio de signos sensibles. Se trata, pues, de signos que pueden ser captados fácilmente por nuestros sentidos.

Seis son los signos principales, decisivos, de nuestra existencia cristiana: el agua, el aceite, el pan, el vino, la ternura de afecto amoroso que se expresan los que se aman y la palabra. A todos ellos se puede acceder por medio de los cinco sentidos del hombre, aunque el papel que juegan no es igual para cada signo.

---

<sup>1</sup> El texto de este artículo fue publicado previamente en el: *Curso de Animadores Bíblicos por correspondencia*, dirigido por Marcelo A. Murúa, producido por Sobicain (Sociedad Bíblica Católica Internacional) - Editorial San Pablo, Argentina, 1997.

Además esos seis signos principales están asociados a los sacramentos: el agua al bautismo; el aceite al bautismo, a la confirmación, al orden sagrado y a la unción de los enfermos; el pan y el vino a la eucaristía; la ternura de amor al matrimonio. Por su parte la palabra está asociada a todos y cada uno de ellos de un modo peculiar. En efecto, la palabra de Dios sostiene, por así decirlo, a cada uno de los sacramentos, y es por sí misma signo de una presencia real, distinta a la que se nos ofrece en, por ejemplo, la Eucaristía, pero no por ello menos real e importante.

La palabra se oye, se huele (en el libro), se toca (en el libro), se lee y se gusta, o se saborea. ¿Cómo se puede gustar la palabra con el sentido del gusto?

*«“Hijo de hombre, escucha lo que te voy a decir; no seas rebelde como ese pueblo rebelde: abre tu boca y come lo que te daré”. Yo miré y vi una mano extendida hacia mí, y en ella había un libro enrollado. Lo desplegó delante de mí, y estaba escrito de los dos lados; en él había cantos fúnebres, gemidos y lamentos. Él me dijo: “Hijo de hombre, come lo que tienes delante: come este rollo, y ve a hablar a los israelitas”. Yo abrí mi boca y él me hizo comer ese rollo. Después me dijo: “Hijo de hombre, alimenta tu vientre y llena tus entrañas con este libro que yo te doy”. Yo lo comí y era en mi boca dulce como la miel. Él me dijo: “Hijo de hombre, dirígete a los israelitas y comunícales mis palabras”» (Ez 2,8—3,4).*

De una forma muy parecida al profeta se expresará el monje Guigo II, el noveno prior de la Cartuja, entre 1176/77 y 1180, que murió en 1188<sup>2</sup>:

La lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada:

---

<sup>2</sup> *Carta de Dom Guigo el Cartujo al Hermano Gervasio sobre la vida contemplativa*; traducción del P. Pablo Saenz, osb, realizada sobre la ed. crítica de E. Colledge, osa, y J. Walsh, sj, publicada en SCh 163 (Paris 1970), pp. 81-123. La trad. castellana fue publicada en *CuadMon* 12, n° 42 (1977), pp. 369-378.

«Oigo leer estas palabras: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios (Mt 5,8)*. Esta breve frase, pero llena de sentido suave y rico, se ofrece para alimento del alma como una uva de un racimo. El alma, después de examinarla con diligencia, dice para sí: “Puede ser que halle aquí algo bueno. entraré de nuevo en mi corazón, a ver si consigo comprender y encontrar esta pureza”».

La meditación la descubre:

«Queriendo aclarar esto más profundamente, comienza a masticar y a desmenuzar esta uva, y la pone como en un lagar, es decir, le pide a la razón que averigüe qué es y cómo se puede llegar a poseer esta tan preciada pureza. Comienza entonces una atenta meditación, que no se detiene en la superficie sino que se interna más hondo, penetra en el interior, y escudriña los detalles».

¿Será posible que en nuestra *lectio divina*, en nuestra vida cristiana y monástica, se unan fe, oración y visión-contemplación de modo armónico y profundo? Es lo que me gustaría «ensayar» en estas reflexiones. ¿Cómo?

### ***Leyendo la Biblia con los Padres de la Iglesia***

1. *A modo de introducción: ¿a quiénes llamamos hoy “Padres de la Iglesia”?*

Un dominico del siglo XVI, llamado Melchor Cano, que vivió en España y murió el año 1560, señaló cuatro notas distintivas que debía reunir un autor para ser considerado “padre de la Iglesia”:

1. antigüedad
2. santidad de vida
3. doctrina ortodoxa
4. aprobación de la Iglesia.

En un sentido estricto serían, pues, Padres de la Iglesia católica los que con su vida, testimonio y obra han defendido la ortodoxia y cumplen con el requisito de la antigüedad. Pero en una definición más amplia y, tal vez, más exacta, pueden considerarse Padres de la Iglesia a aquellos que prolongan en la historia la revelación de la Palabra y la testimonian; son maestros de doctrina, y en esta dirección es comprensible que la mayoría de ellos hayan sido obispos, maestros de vida y transmisores de la vida que Dios ha dado en don a la humanidad. Son los que en la antigüedad han contribuido a generar a la vida de la gracia a los hombres. Podemos hacer nuestras las palabras del Concilio Vaticano II que dicen: «Lo que los apóstoles transmitieron comprende todo lo que contribuye a que el pueblo de Dios lleve vida santa y se acreciente la fe; y así la Iglesia, en su doctrina, vida y culto, perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella misma es, todo lo que cree. Esta tradición, que viene de los apóstoles, progresa en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo... Los dichos (*dicta*) de los santos Padres atestiguan la presencia vivificante de esta tradición, cuyas riquezas se transmiten (*transfunduntur*) a la práctica y la vida de la Iglesia orante y creyente» (*Dei Verbum*, n° 8).

La autoridad de los Padres de la Iglesia católica brota, por lo tanto, de la importancia que se da a sus escritos en virtud de que la Iglesia admite que la Tradición es fuente de la fe. La Iglesia sostiene que es infalible el unánime consenso de los Padres en todo aquello que toca a la interpretación de la Sagrada Escritura. Y en este sentido puede hablarse de los Padres de la Iglesia como de los profetas de la Palabra de Dios.

***Juan Pablo II: Carta Apostólica “Patres Ecclesiae” (02.01.1980)***<sup>3</sup>

«Padres de la Iglesia se llaman con toda razón aquellos santos que, con la fuerza de la fe, con la profundidad y riqueza de sus enseñanzas, la engendraron y formaron en el transcurso de los primeros siglos.

---

<sup>3</sup> Se transcribe una parte de la *Introducción*. Traducción castellana en “*L’Osservatore Romano*” del 27 de enero de 1980, pp. 13-16.

Son de verdad “Padres” de la Iglesia, porque la Iglesia, a través del Evangelio, recibió de ellos la vida. Y son también sus constructores, ya que por ellos -sobre el único fundamento puesto por los apóstoles, es decir, sobre Cristo- fue edificada la Iglesia de Dios en sus estructuras primordiales.

La Iglesia vive todavía hoy con la vida recibida de esos Padres; y hoy sigue edificándose todavía sobre las estructuras formadas por esos constructores, entre los goces y penas de su caminar y de su trabajo cotidiano.

Fueron, por tanto, sus Padres y lo siguen siendo siempre; porque ellos constituyen, en efecto, una estructura estable de la Iglesia y cumplen una función perenne en pro de la Iglesia, a lo largo de todos los siglos. De ahí que todo anuncio del Evangelio y magisterio sucesivo debe adecuarse a su anuncio y magisterio si quiere ser auténtico; todo carisma y todo ministerio debe fluir de la fuente vital de su paternidad; y, por último, toda piedra nueva, añadida al edificio santo que aumenta y se amplifica cada día, debe colocarse en las estructuras que ellos construyeron y enlazarse y soldarse con esas estructuras.

Guiada por esa certidumbre, la Iglesia nunca deja de volver sobre los escritos de esos Padres -llenos de sabiduría y perenne juventud- y de renovar continuamente su recuerdo. De ahí que, a lo largo del año litúrgico, encontremos siempre, con gran gozo, a nuestros Padres y siempre nos sintamos confirmados en la fe y animados en la esperanza».

La *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal* de la Congregación para la Educación Católica (para los Seminarios e Institutos de Estudio)<sup>4</sup>, en la segunda parte señala por qué se debe estudiar a los Padres. Da los siguientes motivos:

**1. Son testigos privilegiados de la Tradición** principalmente por su cercanía con el misterio pascual de Cristo: «se les puede considerar como

---

<sup>4</sup> Traducción castellana en “*L’Osservatore Romano*” del 21 de enero de 1990, pp. 6-10. La *Instrucción* está fechada el 30 de noviembre de 1989.

autores y exponentes de una tradición “constitutiva”...» (nº 19).

## 2. Por su método teológico:

- recurso a la Sagrada Escritura
- sentido de la Tradición
- originalidad cristiana de su enseñanza
- inculturación
- defensa de la fe
- progreso dogmático
- sentido del misterio
- experiencia de lo divino.

3. **Por su riqueza cultural, espiritual y apostólica:** «Los escritos patrísticos se distinguen no sólo por la profundidad teológica, sino también por los grandes valores culturales, espirituales y pastorales que contienen. Bajo este aspecto son, después de la Sagrada Escritura, como se reconoce en el decreto *Presbyterorum Ordinis* (nº 19), una de las principales fuentes de la formación sacerdotal y “un provechoso alimento” que acompaña a los presbíteros durante toda la vida» (nº 41).

## 2. *Los Padres de la Iglesia siempre leían la Biblia desde Cristo*

El método que utilizaban los Padres para leer la Escritura tenía a **Cristo** como centro en el que toda la Biblia encontraba su cohesión interna y sus diversas partes convergían en la única revelación de la Palabra encarnada. **Cristo** era para ellos la clave y el vínculo entre ambos Testamentos. Solamente Cristo permitía trascender la letra del texto sagrado, sólo Él hacía, por medio de la fe, leer el espíritu presente detrás del sentido literal de los libros bíblicos.

«Toda la Escritura divina, que ha sido escrita antes de su venida, ha sido escrita para preanunciar la venida del Señor, y todo cuanto más tarde fue recogido en las Escrituras y confirmado por la autoridad divina, nos habla de Cristo y

nos invita al amor»<sup>5</sup>.

San Jerónimo llegará a decir:

«(...) Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, y el que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría, de ahí se sigue que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo»<sup>6</sup>.

Este modo de acercarse a la Biblia por parte de los Padres se ponía de manifiesto con singular vigor en su lectura del Antiguo Testamento, en cuyos textos buscaban incansablemente el anuncio de la salvación que Él traería:

«(...) En los salmos hallamos profetizado no sólo el nacimiento de Jesús, sino también su pasión salvadora, su reposo en el sepulcro, su resurrección y su ascensión al cielo y su glorificación a la derecha del Padre. El salmista anuncia lo que nadie se hubiera atrevido a decir, aquello mismo que luego, en el Evangelio, proclamó el Señor en persona (...)»<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> Agustín de Hipona, *La catequesis a los principiantes*, I,4,8. Agustín nació en Tagaste, África del norte, el año 354. Luego de un largo y, por momentos, penoso itinerario de búsqueda de la verdad, el Sábado santo del año 387 recibió el bautismo. En todo este proceso su madre, Mónica, tuvo un influencia determinante. El obispo y el pueblo de Hipona lo eligieron para el ministerio sacerdotal en el 391. En 395, el obispo Valerio lo eligió para su coadjutor, y a su muerte Agustín ocupó la sede episcopal. Murió el 28 de agosto de 430. Fuera de toda duda es el Padre más importante del Occidente latino.

<sup>6</sup> *Comentario sobre el libro del profeta Isaías*, prólogo, 1. Nació entre 340-350 en Estridón de Dalmacia. Luego de sus estudios «profanos» abrazó la vida monástica, y más tarde, en 379, aceptó la ordenación sacerdotal. A partir del año 382 comenzó la tarea de su vida: traducir al latín la Biblia. Desde 385 se radicó definitivamente en Belén, donde permaneció hasta el fin de sus días. Falleció el 30 de septiembre de 419 o 420. La Iglesia latina lo venera por su notable tarea de traductor del texto sagrado.

<sup>7</sup> Ambrosio de Milán, *Comentario al Salmo 1* (“*Explanatio super Psalmos XII*”). Nació hacia 339. Fue miembro de una familia noble. Siguió la carrera política, ocupando cargos importantes, hasta que en torno al año 370 fue elegido intempestivamente para ocu-

Gregorio de Elvira<sup>8</sup> nos muestra que los Padres de la Iglesia *necesitaban encontrar*, por decirlo de algún modo, a Cristo presente en los grandes momentos de la historia de la salvación narrada en el Antiguo Testamento:

«La medida del arca que tenía trescientos codos de altura manifiesta evidentemente la figura de la cruz del Señor. En efecto, trescientos se escriben entre los griegos con la letra tau, la cual es una letra que tiene ápice como un árbol erguido, y otra extendida en la parte superior como una antena, demostraba ciertamente el aspecto externo de la cruz.

Por medio de este misterio se da a los creyentes la longitud de la vida, se le concede la anchura de la tierra nueva, y se prepara la altura del reino celeste.

Los cincuenta codos de la anchura de la misma arca significaba Pentecostés, esto es, el día quincuagésimo después de la pasión de la cruz del Señor, en el que el Espíritu Santo había de bajar, por medio del cual podemos conseguir y obtener la esperanza de la salvación y la gloria del reino celestial.

La altura del arca, que era de treinta codos, demostraba la edad de treinta años del Señor, porque el hombre del que se había revestido se bautizó en el Jordán por el ministerio de Juan; tenía treinta años, como testifica el evangelio, cuando, como dije, a ese hombre del que se había revestido lo enriqueció con los dones celestiales por medio del agua del bautismo.

Por consiguiente, la altura está en la medida de la edad del cuerpo de Cristo, como dice el bienaventurado Apóstol Pablo: *Hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varón perfecto a la medida de la edad de la*

---

par la sede episcopal de Milán. Recibió la ordenación el 7 de diciembre de 374, ocho días después de haber sido bautizado. Murió el año 397. Es un modelo de pastor solícito totalmente dedicado a atender la grey a él encomendada y a defender la fe de la Iglesia.

<sup>8</sup> Nació en los primeros años del siglo IV. Antes de 357-359, fue consagrado obispo de la diócesis de Elvira, en el sur de España. Participó activamente en las controversias doctrinales de su tiempo. Murió seguramente a comienzos del siglo V.

*plenitud de Cristo, para que ya no seamos niños (Ef 4,13-14); la longitud en la pasión de la cruz del Señor, por la que se signan los creyentes, la anchura en el día de Pentecostés, día en el cual vino el Espíritu Santo sobre los creyentes»<sup>9</sup>.*

Esta lectura de la palabra de Dios en Cristo y desde Cristo, está como, pues, *adherida* en la existencia misma de nuestros Padres en la fe, al punto que casi no hay texto del Antiguo Testamento que no les hable del Señor Jesús. Así, comentando el salmo 118 (119), san Ambrosio dice:

***Cristo luz verdadera, es la «lámpara»***

“Cristo es para mí una verdadera lámpara cuando mis labios pronuncian su nombre. Este tesoro que llevamos en vasijas de barro luce en el fango, brilla en vaso de arcilla. Toma aceite, de modo que no te falte; porque el combustible de la lámpara es el aceite, no el aceite terreno, sino aquel aceite de la misericordia y la gracia celestial, con que se ungió a los profetas. Tu aceite es la humildad, que da flexibilidad a nuestra dura cerviz; tu aceite es tu misericordia, con que se suavizan las heridas causadas a los pecadores en el choque contra los escollos del mal. Éste es el aceite con que aquel samaritano del evangelio ungió a aquel hombre que, bajando de Jerusalén, cayó en manos de unos bandidos: al verlo, le dio lástima, le vendó las heridas, echándoles aceite y vino.

**El aceite para nuestras lámparas: la humildad y la misericordia, que Cristo practicó**

Éste es el aceite que sana a los enfermos, pues la misericordia libra del pecado. Éste es el aceite que luce en las tinieblas, cuando nuestras obras alumbran a los hombres. Éste es el aceite que luce en las solemnidades de la Iglesia. Las doncellas, finalmente, a las que no les faltó el aceite, tampoco escasearon de la luz de la fe, sino que merecieron entrar con las lámparas encendidas al banquete de bo-

---

<sup>9</sup> *Sobre el arca de Noé*, 29-32; traducción de Ursicino Domínguez del Val en *Gregorio de Elvira. Obras completas*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1989, p. 231.

das; en cambio, las que no llevaron alcuzas de aceite, es decir, las que no tuvieron ni fe ni prudencia, ni misericordia con sus almas encarnadas, fueron excluidas de las bodas a causa de su infidelidad.

Por lo cual, ten también tú siempre la lámpara encendida o una antorcha llameante. Pues si no lucen ni tu candela ni tu lámpara, serás tachada de doncella necia y no entrarás en el tálamo de tu esposo celestial, sino que permanecerás en las tinieblas de tu ceguera, como si odiaras la luz para que no se descubran tus malas acciones: *Todo el que obra perversamente, detesta la luz.*

### **La Palabra de Dios es lámpara**

Ten fe, ten prudencia, para que siempre tengas en tu alcuza el óleo de la misericordia y la gracia de la devoción, pues las sensatas se llevaron alcuzas de aceite con las lámparas. Unjan, oh hombres, sus lámparas: cuando ayunen, unjan sus cabezas. Derramemos óleo en nuestras almas, para que nuestro cuerpo sea luminoso. Sea para ti como una lámpara la Palabra de Dios; luzca también el ojo que es la lámpara de tu cuerpo. Tu conciencia radiante es adecuadamente considerada como la lámpara que ilumina tu cuerpo; ella es además tu ojo. Que tu ojo esté sano. Si tu conciencia es pura, pura será tu carne; pero si tu conciencia es tenebrosa, también tu cuerpo será tenebroso, inmerso en la noche de tu conciencia. Así, pues, todos nosotros somos también lámparas veladas por la envoltura de nuestro cuerpo, con menguadas posibilidades de irradiar nuestra propia luz.

Finalmente, el mismo Juan era una lámpara, como de él confesó el Señor: *Juan era la lámpara que ardía y brillaba.* Una lámpara estupenda, que recibía la luz de Cristo, para poder lucir en el mundo: ardía y brillaba con razón, pues era el precursor de Cristo, que con su predicación de la fe iluminaba los corazones de cada uno de sus oyentes. Pero también a estas lámparas les otorgó el poder de ser luz del mundo, cuando dijo a los apóstoles: *Ustedes son la luz del mundo.*

Ahora bien: si la gloria de los santos brilla una vez como una lámpara y otras como luz del mundo, ¿qué diremos de la Palabra de Dios que es lámpara para mis pasos?»<sup>10</sup>

### 3. Una *lectura cordial*, de todo corazón, de la Biblia

Tenemos nosotros, mujeres y hombres occidentales de fines del siglo XX, una peligrosa tendencia a leer la Biblia de una forma no sólo racional, sino *racionalista*; es decir, dar prioridad a las ideas y, habitualmente si bien no de forma exclusiva, ideas abstractas. Este proceder, sin duda, hubiera asombrado a los Padres de la Iglesia de los primeros siglos.

En cambio, para ellos era importantísimo el lenguaje de los símbolos. Al igual que sucede con los libros de la Biblia, no se expresaban, habitualmente, con ideas sino con signos y símbolos que permitían una percepción más plena de las realidades de fe que querían transmitir.

«El sentido del misterio que poseían los Padres, su conciencia de la trascendencia de Dios, los lleva a preferir una *teología de los símbolos* antes que de conceptos. “El peligro inherente a una teología de conceptos, está en la ilusión de (creer) que con ella se pueda alcanzar adecuadamente la realidad. Una teología de símbolos, y de símbolos bíblicos, evita este peligro, porque el símbolo es muy claramente figurativo y antropomórfico como para que el espíritu pueda ser engañado... Además, el símbolo tiene una resonancia afectiva que lo hace más apto para explicar el contenido espiritual de la teología”. Es claro que la valoración del símbolo dada por los Padres no podía nacer más que del contacto con la Escritura...»<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> *Comentario sobre el salmo 118* (sermón 14,7-8; CSEL 62, pp. 301-302); trad. en *Leccionario Bienal Bíblico Patrístico de la Liturgia de las Horas. III. Adviento-Pentecostés*, Zamora, Eds. Monte Casino, 1984, pp. 1706-1708.

<sup>11</sup> Luigi Padovese, *Introduzione alla teologia patristica*, Casale Monferrato (Italia), Ed. Piemme, 1992, p. 38 (Introduzione alle discipline teologiche, 2); la cita es de Henri Cruzel, *La patrología e il rinnovamento degli studi patristici*, en *Bilancio della teologia del XX secolo*, Roma, Ed. Città Nuova, 1972, p. 567.

Para ilustrar las anteriores afirmaciones baste, como botón de muestra, citar un texto que nos ayudará a comprender de qué modo leía y explicaba a sus fieles un santo obispo el libro de los *Salmos*:

«Aunque es verdad que toda la sagrada Escritura está impregnada de la gracia divina, el libro de los salmos posee una dulzura especial. [...]

El libro de los salmos es [...] una medicina espiritual para todos. El que lo lee halla en él un remedio específico para curar las heridas de sus propias pasiones. El que lo sepa leer, encontrará allí, como en un gimnasio público de las almas y como en un estadio de las virtudes, toda la variedad posible de competiciones, de manera que podrá elegir la que crea más adecuada para sí, con miras a alcanzar el premio final. Aquel que desee recordar e imitar las hazañas de los antepasados hallará compendiada en un solo salmo toda la historia de los padres antiguos, y así, leyéndolo, podrá recorrerla de forma resumida. Aquel que investiga el contenido de la ley, que se reduce toda ella al mandamiento del amor -porque quien ama al prójimo ya ha cumplido la ley -, hallará en los salmos con cuánto amor uno solo se expuso a graves peligros para librar a todo el pueblo de su oprobio, con lo cual se dará cuenta de que la gloria de la caridad es superior al triunfo de la fuerza.

Y ¿qué decir de su contenido profético? Aquello que otros habían anunciado de manera enigmática se promete clara y abiertamente a un personaje determinado, a saber, que de su descendencia nacerá el Señor Jesús, como dice el Señor a aquél: *A uno de tu linaje pondré sobre tu trono (Sal 132,11)*. [...]

¿Qué cosa hay más agradable que los salmos? Como dice bellamente el mismo salmista: *Alaben al Señor, que los salmos son buenos, nuestro Dios merece una alabanza armoniosa (Sal 147,1)*. Y con razón: los salmos, en efecto, son la bendición del pueblo, la alabanza de Dios, el elogio de los fieles, el aplauso de todos, el lenguaje universal, la voz de la Iglesia, la profesión armoniosa de nuestra fe, la expresión de nuestra entrega total, el gozo de nuestra libertad, el clamor de nuestra alegría desbordante. Ellos calman nuestra ira, rechazan nuestras preocupaciones, nos consuelan en

nuestras tristezas. De noche son un arma, de día una enseñanza; en el peligro son nuestra defensa, en las festividades nuestra alegría; ellos expresan la tranquilidad de nuestro espíritu, son prenda de paz y de concordia, son como la cítara que aúna en un solo canto las voces más diversas y dispares. Con los salmos celebramos el nacimiento del día, y con los salmos cantamos a su ocaso.

En los salmos rivalizan la belleza y la doctrina; son a la vez un canto que deleita y un texto que instruye. Cualquier sentimiento encuentra su eco en el libro de los salmos [...]»<sup>12</sup>.

#### 4. *La importancia de los símbolos en la lectura patristica de la Biblia*

Los primeros cristianos no solamente leían el texto bíblico, sino que también lo veían e incluso, al menos en algunos casos, llegaban a representarlo. Hoy, tal vez, hablaríamos de una lectura con imágenes.

Así en el, probablemente, más antiguo lugar de reuniones litúrgicas que conocemos, ubicado en *Dura Europos* (Siria), se ha encontrado un fresco en el que puede verse: a la derecha (de frente al observador), al paralítico sobre el lecho, mientras Cristo, colocado como en un segundo plano, obra el milagro extendiendo la mano derecha. A la izquierda, el hombre ya curado se aleja cargando su camilla sobre la espalda (*Mc* 2,1-12; *Mt* 9,1-9; *Lc* 5,17-26)<sup>13</sup>.



---

<sup>12</sup> Ambrosio de Milán, *Comentario al Salmo 1*.

<sup>13</sup> Fresco de *Dura Europos* (*Domus ecclesiae*). Actualmente se encuentra en la Universidad de Yale, Museo de New Haven (USA), adonde fue llevado después del descubrimiento de las ruinas, en 1931-32, sobre el Éufrates (Siria del norte). El edificio puede ser de mediados del siglo III, hacia 256(?).

La escena de la curación del parálítico se hallaba en el baptisterio y sin duda quería mostrar, especialmente a los neófitos, el misterio y el regalo más grande que habían recibido de Cristo por medio de la Iglesia: **su salvación**.

En adelante siempre encontraremos simplificada, por así decirlo, la representación de este evento; es decir, sólo se verá al parálítico ya curado y con la camilla a cuestas<sup>14</sup>. Para los cristianos primitivos eso les bastaba. En esa figura ellos veían actuada, vivida, **la fe de la comunidad**: los que transportaban al parálítico y lo bajaban desde el techo, y **la certeza de la liberación del pecado y de la muerte que nos trae Jesucristo**.



Uno de los Padres de la Iglesia de los primeros siglos nos aporta toda la riqueza de su *lectura* del texto evangélico:

«... Hubo fe de parte del enfermo; porque de no haber creído, no se hubiera dejado bajar por el boquete...

Jesús ante todo curó lo que no se ve, el alma, perdonándole sus pecados. Lo cual, al enfermo le dio la salvación...

La prueba del perdón de los pecados es la curación del parálítico, y la prueba de la curación haber cargado con su propia camilla a cuestas...

---

<sup>14</sup> Una de las representaciones más llamativas es la que se conserva en el Cementerio “ad duas lauros”, en la Catacumba de Pedro y Marcelino, siglos III-IV, Roma.

La diferencia que va del alma al cuerpo, ésta va de perdonar a curar...

Miren cómo el Señor se manifiesta creador del alma y del cuerpo, porque cura a una y otra naturaleza y nos hace patente lo oscuro por lo claro, lo invisible por lo visible...»<sup>15</sup>.

La Iglesia de nuestros días prolonga y actualiza esa lectura orante del Crisóstomo, recordándonos que el relato evangélico puede ser considerado igualmente como un signo de los sacramentos de “curación”:

«Por los sacramentos de la iniciación cristiana, el hombre recibe la vida nueva de Cristo. Ahora bien, esta vida la llevamos en *vasos de barro* (2 Co 4,7). Actualmente está todavía *escondida con Cristo en Dios* (Col 3,3). Nos hallamos aún en *nuestra morada terrena* (2 Co 5,1), sometida al sufrimiento, a la enfermedad y a la muerte. Esta vida nueva de hijo de Dios puede ser debilitada e incluso perdida por el pecado.

El Señor Jesucristo, médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos, que perdonó los pecados al parálítico y le devolvió la salud del cuerpo (Mc 2,1-12), quiso que su Iglesia continuase, con la fuerza del Espíritu Santo, su obra de curación y de salvación, incluso en sus propios miembros. Esta es la finalidad de los dos sacramentos de curación: del sacramento de la Penitencia y de la Unción de los enfermos»<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Juan Crisóstomo, *Homilías sobre san Mateo*, 29,1.2.3. Juan nació entre los años 344-354 en Antioquía. A los dieciocho años se convirtió al cristianismo y tres años después recibió el bautismo. Luego vivió como monje cuatro años. En 381, recibió la ordenación diaconal y en 386 la sacerdotal. En 398 fue consagrado para la sede de Constantinopla. Su ardiente predicación le valió el seudónimo de “Crisóstomo” (boca de oro). Sus denuncias contra la corrupción e inmoralidad de los emperadores y su corte le acarrearon el destierro. Fue enviado a los confines del Imperio. Murió quebrantado por las penalidades del viaje, el 14 de septiembre de 407, antes de llegar al destino que se la había asignado. Es un modelo de dedicación a la predicación, realizada no como un mero ejercicio de piedad, sino con la valentía y autenticidad que exigían las circunstancias.

<sup>16</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, ns. 1240-1241.

La importancia concedida por los Padres de la Iglesia a los símbolos se pone asimismo de manifiesto en muchas otras de sus interpretaciones de pasajes bíblicos. Por ejemplo, al igual que no pocos textos de la Sagrada Escritura, gustaban especialmente el «juego de los números», algo que a nosotros nos parece extraño, pero que gozaba de estima en la antigüedad.

Así, san Jerónimo, comentando el pasaje de *Mt* 13,8 (las semillas que cayeron en tierra y dieron fruto en la parábola del sembrador) afirma:



«El número treinta se refiere a las bodas. En efecto, la misma combinación de los dedos (índice y pulgar), como abrazándose en un tierno beso, une al marido y a la esposa. El número sesenta se refiere a las viudas, porque se encuentran en angustia y tribulación. Están como cuando se oprime al pulgar. Cuanto mayor es la dificultad de abstenerse de un placer que, por un tiempo, se experimentó, tanto más grande será el premio. Finalmente, el cien, y te ruego atento lector que pases de la izquierda a la derecha y con los mismos dedos (pero repito que no con la misma mano), con los que en la izquierda se indicaban los esposos y las viudas, describiendo un círculo expresas ahora la corona de la virginidad»<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> *Contra Joviniano* 1,3; PL 23, 213-214. Traducción italiana y comentario de este texto: A. Quacquarelli, *Parola e immagine nella teologia comunitaria dei Padri*, en *Complementi interdisciplinari di Patrologia*, Roma, Città Nuova, 1989, p. 146.

## **5. Los Padres leían la Biblia con discernimiento espiritual**

Con esta afirmación quiero decir que ellos nos enseñaron a leer con sabiduría el texto bíblico, a saber buscar lo que la palabra de Dios realmente puede entregarnos, adaptando la lectura a las posibilidades de cada una y de cada uno. El texto que se cita a continuación, tomado de una homilía de Orígenes, nos da indicaciones claras y precisas en este sentido:

*Hay en la creación diversidad de alimentos, adaptados a cada una de las criaturas. Imagen utilizada por Orígenes para significar la variedad de «platos» que nos ofrece la palabra de Dios*

«Cuando creó el mundo, Dios diferenció los alimentos. Los adaptó a los distintos apetitos de los hombres y a las diferentes especies de animales. Así, cuando el hombre ve el alimento de los animales, sabe que les está destinado y que no está hecho para él; y los animales mismos conocen los alimentos que les convienen: son distintos, por ejemplo, los alimentos del león, del ciervo, del buey o de los pájaros. También entre los hombres hay diferencias en la elección de las comidas. Tal hombre, sano y en buena forma, pide un alimento fuerte, *crece*, confía que *puede comer de todo* (Rm 14,2), como los atletas más vigorosos. ¿Se siente uno más débil y en peor forma? Entonces prefiere las legumbres, y no soporta una comida demasiado fuerte para su mala salud. ¿Se trata de un niño pequeño? Aunque no pueda decirlo con palabras, en realidad no pide otro alimento que leche. Por lo tanto, cada uno, según su edad, sus fuerzas y su salud, pide el alimento que le conviene y que corresponde a sus fuerzas.

*No todos los hombres pueden comer sin más de los variados alimentos que nos ofrece la creación; esto no significa que tales alimentos sean inútiles. Al contrario, la palabra de Dios siempre se ofrece, y puede ser comida según las posibilidades de cada uno*

¿Se ha considerado suficientemente el ejemplo de las realidades corporales? Pasemos ahora al conocimiento de las espiri-

tuales. Toda naturaleza espiritual necesita los alimentos que le son propios y que convienen a su caso. Ahora bien, **el verdadero alimento de la naturaleza espiritual es la palabra de Dios**. Pero así como acabamos de dejar establecido que hay muchas diferencias entre los alimentos del cuerpo, así también todas las naturalezas espirituales que se nutren, como hemos dicho, de la palabra de Dios, no le toman bajo la misma forma. [...]

Para volver al ejemplo de las cosas corporales, al igual que el león, suponiendo que se le diera inteligencia, no se quejará de abundancia de hierba en la Creación, bajo el pretexto de que él se nutre de carne cruda, y no dirá que fue producida inútilmente por el Creador; [...] y al igual que el carnero o el buey no deben quejarse de que les haya sido dado a otros animales alimentarse de carne, bajo el pretexto de que a ellos les basta con comer hierba; de igual modo, en lo que se refiere a los alimentos espirituales, quiero decir los Libros divinos, no se deben rechazar los pasajes de la Escritura que parecen más oscuros o más difíciles de comprender, ni dejar a un lado lo que el principiante, el niño pequeño, o el enfermo demasiado débil para comprenderlo todo, no pueden utilizar, y lo que, según ellos, no puede serles de ninguna utilidad y no puede contribuir a su salvación; sino que se ha de considerar esto: así como la serpiente, el carnero, el hombre y la hierba son todas criaturas de Dios, y así como esta diversidad de seres mueve a la gloria y a la alabanza del Creador, porque el alimento que unos sacan de otros o que unos proveen a otros particularmente es un alimento apropiado para cada uno de los seres con vistas a los cuales fueron creados, así también, **cada uno según su salud y sus fuerzas, debe utilizar estos textos que son palabra de Dios y cuya diversidad ofrece una alimentación adaptada a las posibilidades de las almas.** (...)

*Nada de lo que está consignado en los libros de la Biblia es inútil, somos nosotros los que no logramos discernir su mensaje; este es uno de los puntos en que habitualmente insiste Orígenes, y que lo impulsa a practicar la interpretación espiritual, sobre todo del Antiguo Testamento, cuando el texto parece indigno de Dios*

Pero nosotros no podemos decir que en los escritos del Espíritu Santo haya algo inútil y superfluo, incluso si a alguno les parece que hay oscuridades. Más bien, debemos volver los ojos de nuestra inteligencia hacia Él que ordenó escribir, y preguntarle su sentido. ¿Hay debilidad en nuestra alma? Que Él nos cure, *Él que cura todas las enfermedades* (Sal 103,3); ¿estamos todavía en la niñez de la inteligencia?, que el Señor que guarda a los pequeños nos asista, nos dé de comer y nos lleve a la *medida de su edad* (Ef 4,13). Porque en nosotros está a la vez el pasar de la enfermedad a la salud y de la niñez a la edad viril. Así pues, en nosotros está el preguntarle a Dios; pues Dios tiene la costumbre de dar a los que piden y abrir a los que llaman...»<sup>18</sup>.

Por detrás de estas afirmaciones de Orígenes resuena un pasaje de la carta a los Hebreos: *El que se alimenta de leche no puede entender la doctrina de la justicia, porque no es más que un niño. El alimento sólido es propio de los adultos, de aquellos que por la práctica tienen la sensibilidad adiestrada para discernir entre el bien y el mal* (Hb 5,13-14).

Sabemos, por otra parte, que Orígenes cuidó especialmente esa necesaria gradación que debe darse en la lectura e interpretación de los libros bíblicos. Así procedía en su propia actividad el maestro alejandrino: en sus homilías, por ejemplo, miraba principalmente a la edificación de los fieles; mientras que en sus comentarios buscaba ofrecer una exégesis más científica o técnica de los textos de las Escrituras estudiados. Pero en una u otra circunstancia no cesaba de insistir en la necesidad de profundizar más y más en la palabra de Dios:

---

<sup>18</sup> *Homilía 27 sobre el libro de los Números*, párrafo 1. Nació hacia el 185. A los 18 años Orígenes se hizo cargo, a pedido de su obispo, de la escuela catequética de Alejandría. Hacia el 216, se instaló en Cesarea de Palestina, donde el obispo del lugar lo invitó a fundar una nueva escuela de catequesis. Orígenes la dirigió por más de 20 años. Durante la persecución contra la Iglesia fue torturado para que negara su fe. No lo hizo y murió a causa de los tormentos sufridos, entre 253-257. Es con toda probabilidad el genio mayor de la antigüedad cristiana, al menos entre los escritores de lengua griega. Su producción literaria es abundante.

«Tú, señor e hijo mío, atiende principalmente a la lección de las Escrituras divinas; pero atiende. Porque de mucha atención tenemos necesidad quienes leemos lo divino, a fin de no decir ni pensar nada temerariamente acerca de ello. Y a la par que atiendes a la lección de las cosas divinas con intención fiel y agradable a Dios, llama y golpea a lo escondido de ellas, y te abrirá aquel portero de quien dijo Jesús: A éste le abre el portero (*Jn 10,3*). Y al tiempo que atiendes a la lección divina busca con fe inmovible en Dios el sentido de las letras divinas, escondido a muchos. Pero no te contentes con golpear y buscar, pues necesaria es de todo punto la oración pidiendo la inteligencia de lo divino. Exhortándonos a ella el Salvador, no sólo dijo: *Llaman y se les abrirá, busquen y encontrarán*, sino también: *Pidan y se les dará* (*Mt 7,7; Lc 11,9*)...»<sup>19</sup>.

## 6. *Los «sentidos» de la Biblia en los escritos de los Padres*

Para los Padres la Escritura no era un libro muerto, sino una realidad viviente, testigo de una historia concreta. Así, una vez comprendido el sentido literal de los textos, generalmente se inclinaban hacia la interpretación alegórica<sup>20</sup> o espiritual, buscando los misterios escondidos.

Una característica de su interpretación bíblica era el convencimiento de que el Espíritu de Dios moraba y hablaba en la Palabra revelada tanto como en el cuerpo de la Iglesia.

La interpretación espiritual o alegórica de los Padres ha sido dura-

---

<sup>19</sup> Carta a Gregorio Taumaturgo 4; trad. castellana de D. Ruiz Bueno en *Orígenes. Contra Celso*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1967, p. 618 (BAC 271).

<sup>20</sup> De alegoría, literalmente: decir otra cosa; o sea, en nuestro caso, que se descubre en la palabra de Dios un sentido diferente del literal. Esto es evidentemente válido para el Antiguo Testamento. De hecho, los Padres muy pocas veces recurren a la alegoría en su lectura del Nuevo testamento.

mente criticada por algunos de los representantes de la exégesis moderna y contemporánea. Pero hoy sabemos que tal aproximación no fue inventada por ellos, sino que procede judíos y griegos. En efecto, superar lo que dice la letra es algo que forma parte de los métodos de interpretación y explicación de la Biblia utilizados por ciertos rabinos y en Qumrán. Los primeros sostenían que algunas profecías del Antiguo Testamento se cumplieron ya en determinados eventos de la historia judía. Mientras que en Qumrán se han hallado comentarios «continuados» a los Profetas y a los Salmos, que efectúan una aplicación sistemática del texto bíblico a la historia de la comunidad.

La *alegoría* es un método de interpretación de los textos muy antiguo en la tradición griega, permite descifrar el sentido oculto de un pasaje.

Judíos y griegos, se refieren, en última instancia, a un único método de interpretación de la Biblia: el que distingue el sentido literal del significado (o significados) más profundo(s)<sup>21</sup>.

San Hilario, obispo de Poitiers, en la primera mitad del siglo IV, ofrece una buena síntesis del tema, que en última instancia es optar por una lectura de la Biblia desde Cristo, ya que el objetivo central de la alegoría es precisamente el misterio de Cristo:

« [...] Cualquiera de las obras contenidas en los Libros Sagrados anuncia con palabras, describe con hechos y confirma con figuras la venida de nuestro Señor Jesucristo que, enviado por el Padre, nació hombre de la Virgen por el Espíritu.

Él, en efecto, a lo largo de toda la historia, mediante prefiguraciones verdaderas y claras, engendra, lava, santifica, elige, separa o redime a la Iglesia en los patriarcas: por el sueño de Adán, el diluvio de Noé, la bendición de Melquisedec, la justificación de Abrahán, el nacimiento de Isaac, la servidumbre de Jacob. En suma, todas las

---

<sup>21</sup> Cf. G. Dorival, art. *Sens de l'Écriture. I. Le sens de l'Écriture chez les Pères. 1. Les Pères Grecs*, en *Dictionnaire de la Bible. Supplément*, vol. XII, fascículo 67, París, 1992, cols. 427-429 (con bibliografía y mayores precisiones sobre el tema).

profecías, realización del misterio, se han concedido a lo largo del tiempo para el conocimiento de la Encarnación...»<sup>22</sup>

Y el papa Gregorio el Grande nos invita a no despreciar el sentido literal, sino a partir de él, para luego pasar a la lectura espiritual de la Biblia:

«En las palabras de la Biblia debe, ante todo, hermanos queridísimos, mantenerse la verdad histórica (= el sentido literal), y después debe averiguarse el sentido espiritual mediante la inteligencia de la alegoría; porque fácilmente se comprende el sentido de la alegoría cuando se apoya en la raíz de la verdad histórica»<sup>23</sup>.

La lectura espiritual de la Biblia es buscar su sentido actual, desde Cristo, para el hoy y el aquí de nuestra historia. En el siglo III, Orígenes se proponía a sí mismo un itinerario que sigue teniendo vigencia:

---

<sup>22</sup> *Tratado de los misterios*, prólogo. Hilario nació a comienzos del siglo IV, en Poitiers (Francia). Hacia 355, fue elegido para la sede episcopal de su ciudad natal. La adhesión a la fe proclamada en el concilio de Nicea (año 381), que él defendía, le acarreó el ser enviado al destierro por el emperador. Estuvo desterrado en Asia Menor desde 356 hasta 360. Aprovecho la circunstancia para profundizar su conocimiento de las controversias teológicas que dividían a la Iglesia de Oriente en aquellos años; estudió la “exégesis alegórica” y se informó sobre la vida monástica, que estaba en una etapa de fuerte expansión en la Iglesia oriental. Al volver a su diócesis buscó por todos los medios a su alcance restablecer la unidad en torno a la verdadera fe. Murió hacia 367. Es un ejemplo de búsqueda de la unidad, en la verdad.

<sup>23</sup> *Homilias sobre los Evangelios* II,20,1. Nació Gregorio hacia 540, en el seno de una familia romana de posición acomodada. Hacia el 572, fue nombrado prefecto de la ciudad de Roma. Pero poco tiempo después, entre 574-575, se *convirtió* a la vida monástica. Cuatro años más tarde, en 579, el papa Pelagio II le confirió el diaconado y le solicitó estar disponible para el servicio de la Iglesia. Entonces fue enviado como legado papal a Constantinopla, donde residió hasta 585. Al regresar a Roma se desempeñó como secretario y consejero de Pelagio, y a la muerte de éste lo sucedió en la sede romana (año 590). A pesar de no tener buena salud gobernó a la Iglesia, en un momento muy difícil de la historia, hasta su muerte, acaecida el 12 de marzo de 604. Con sus obras marcó el rumbo de la espiritualidad medieval. En Oriente se lo conoce como “Gregorio de los Diálogos” (por causa de su obra más popular que lleva justamente ese título).

*a. Lectura atenta, cultivo del terreno, de la palabra. La semilla no libera su fruto si no se dispone el suelo convenientemente para que la reciba*

«Me parece a mí que cada palabra de la divina Escritura es semejante a una semilla, a cuya naturaleza pertenece que, una vez arrojada en tierra, regenerada en una espiga o en cualquier otra especie de su género, se multiplique, tanto más cuanto más trabajo haya puesto en las semillas el experto agricultor o las haya entregado al beneficio de una tierra más fecunda. Así ocurre que, gracias a la diligencia en el cultivo, una pequeña *semilla*, por ejemplo, *de mostaza, que es la más pequeña de todas, resulta mayor que todas y se hace un árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas (Mt 13,31-32).*

*b. Evitar la palabrería vana y buscar en la profundidad del texto, su verdad más honda, que es siempre **hoy** para quien se acerca a la palabra de Dios*

Así sucede también con esta palabra de los libros divinos que se nos ha proclamado si encuentra un experto y diligente cultivador; aunque al primer contacto parezca menuda y breve, en cuanto comienza a ser cultivada y tratada con arte espiritual, crece como un árbol y se extiende en ramas y brotes, de tal modo que pueden venir *los discutidores y oradores de este mundo (1 Co 1,20)*, que como pájaros del cielo, con alas ligeras, esto es, con la pompa de las palabras, persiguen las cosas excelsas y arduas y, prisioneros de sus razonamientos, querrían habitar en esas ramas en las que no hay elegancia de palabras, sino una regla de vida.

*c. Ser consciente de los propios límites; actualización y desarrollo, “a lo ancho y a lo largo”, de la palabra recibida*

¿Qué haremos, pues, nosotros con lo que se nos ha leído? Si el Señor se dignase concederme el talento del cultivo espiritual, si me diese habilidad para cultivar la tierra, una sola palabra de las que se han proclamado podría ser desarrollada a lo largo y a lo ancho... Por otra parte, el reconocer que tal conocimiento supera nuestras fuerzas, me parece ya un signo de experiencia no pequeña.

*d. Pedir la ayuda del Señor: de la lectura y la meditación a la oración*

Veamos qué contiene la lectura..., y, con la máxima brevedad posible, expongamos cuanto basta para la edificación de los oyentes; pero sólo si ayudan las oraciones de ustedes para que la Palabra de Dios nos asista y se digne ser ella misma la guía de nuestra palabra»<sup>24</sup>.

Hallamos una excelente aplicación «práctica» de las enseñanzas de Orígenes en el siguiente texto de san Jerónimo<sup>25</sup>:

*1) Introducción: distintos sentidos que se pueden encontrar en una parábola*

**«Les dijo (Jesús) otra parábola: “El Reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo” (Mt 13,33).** Diversos son los gustos de los hombres respecto a los alimentos: a algunos les gustan los amargos, a otros los dulces; a éstos, más bien duros, a aquéllos, más blandos. Por tanto, como dijimos más arriba, el Señor propone parábolas diversas para que haya una medicación diversa conforme a la variedad de heridas.

*2) Primer sentido: “eclesiológico”*

Esta mujer que tomó levadura y la metió en tres medidas de harina hasta que fermentara todo, me parece que es la predicación apostólica, o bien la Iglesia que ha sido congregada a partir de muchos pueblos. Ésta toma la levadura, a saber el conocimiento y la comprensión de las Escrituras y lo mete en tres medidas de harina para que unificados el espíritu, el alma y el cuerpo no estén en desacuerdo, sino que unidos dos o tres, obtengan del Padre todo lo que le han pedido»<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup> *Homilias sobre el Éxodo* I,1; trad. de Ángel Castaño Félix en: *Orígenes. Homilias sobre el Éxodo*, Madrid, Ciudad Nueva, 1992, pp. 37-38 (Biblioteca de patrística, 17).

<sup>25</sup> *Comentario al Evangelio de san Mateo*, II,13,33.

<sup>26</sup> Cf. *Mt* 18,19.

3) *Segundo sentido: “moral”, aplicación del texto a nuestra vida espiritual*

Otra interpretación de este pasaje: Leemos en Platón y es doctrina común entre los filósofos que en el alma hay tres pasiones: *to logistikón*, que podemos traducir por «razonable», *to thumikón*, que llamamos «colérico» o «irascible», *to epithumetikón*, que llamamos «concupiscible». Según ese filósofo nuestra razón tiene su sede en el cerebro, la ira en la hiel y el deseo en el hígado<sup>27</sup>. Por tanto si hemos recibido la levadura evangélica de las santas Escrituras de las que hablamos más arriba, las tres pasiones del alma humana van en una misma dirección para que por la razón tengamos prudencia, por la ira, odio a los vicios, por la concupiscencia, el deseo ardiente de las virtudes; y esto sucede gracias a la doctrina evangélica que nos proporcionó nuestra madre la Iglesia.

4) *Tercera interpretación: teológica; se retoma la lectura eclesiológica*

Aun mencionaré una tercera interpretación de algunos, para que el lector atento tenga más posibilidades de elegir la que le agrada. En esta mujer ellos ven también a la Iglesia que mezcló la fe del hombre con tres medidas de harina: la creencia en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Cuando todo está fermentado formando una unidad nos conduce al conocimiento no de un triple Dios sino de una única divinidad. Las tres medidas de harina en las que no hay diversidad de naturaleza nos llevan a conocer la unidad de sustancia. Sentido ciertamente piadoso, pero nunca las parábolas y la interpretación dudosa de realidades oscuras (*aenigmatum*) pueden contribuir a la autoridad de los dogmas.

7. *Siete “consejos” para la lectura de la Biblia*

Es conveniente tener buenos acompañantes en el camino de la lectura de la palabra de Dios. La experiencia de los Padres es insuperable.

---

<sup>27</sup> Platón expone su análisis en *República* IV, 439d - 440e.

Algunos de sus dichos sobre el ejercicio de la *lectio divina* nos serán de gran ayuda, sobre todo porque **ellos supieron unir lectura de la Biblia y oración:**

- 1) «Oren para entender» (Agustín de Hipona)<sup>28</sup>.
- 2) «Sé asiduo tanto a la oración como a la lectura» (Cipriano de Cartago)<sup>29</sup>.
- 3) «A Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras» (Ambrosio de Milán)<sup>30</sup>.
- 4) «Nadie puede penetrar el sentido del Evangelio si no ha descansado como Juan, en íntimo coloquio, sobre el pecho de Jesús» (Orígenes)<sup>31</sup>.
- 5) «Si nos unimos a ella (= la Biblia) con asidua frecuentación, penetramos su pensamiento como en un coloquio familiar» (Gregorio el Grande)<sup>32</sup>.
- 6) «Las palabras de la Biblia crecen en sentido según lo que en ellas sienten los lectores» (Gregorio el Grande)<sup>33</sup>.

---

<sup>28</sup> *Sobre la doctrina cristiana* III,37,56.

<sup>29</sup> *A Donato* 15. Cipriano, obispo de Cartago entre 248 o 249 y 258, había nacido a principios del siglo III. Disgustado por la inmoralidad de la vida pública y privada se convirtió al cristianismo y dio todas sus riquezas a los pobres. Durante su episcopado tuvo que enfrentar graves dificultades: peste, persecución contra los cristianos, debates intestinos. Fue decapitado por confesar su fe el 14 de septiembre del año 258.

<sup>30</sup> *Sobre los deberes de los ministros* I,20,88; texto citado por el Concilio Vaticano II, “Constitución sobre la divina revelación (*Dei Verbum*)”, n° 25.

<sup>31</sup> *Comentario al evangelio de san Juan* I,6 (=I,22).

<sup>32</sup> *Morales* IV,1.

<sup>33</sup> *Homilías sobre el libro del profeta Ezequiel* I,7,9.

7) «La palabra de Dios es como un río, que tiene aguas  
playas y profundas, donde puede caminar un cordero y na-  
dar un elefante» (Gregorio el Grande)<sup>34</sup>.

*Monasterio Benedictino Santa María  
C. C. 8. B6015WAA Los Toldos  
Argentina*

---

---

<sup>34</sup> *Morales*, carta dedicatoria, 4.